

CB

2

**P. Le Poittevin
Etienne Charpentier**

El evangelio según san Mateo

DECIMOTERCERA EDICIÓN



EDITORIAL VERBO DIVINO
Avda. de Pamplona, 41
31200 ESTELLA (Navarra) - España
1995

Tras la lectura del evangelio según san Marcos, de Jean Delorme, y de la del evangelio según san Lucas, de Augustin George, presentamos una lectura del primer evangelio. Es, en parte, una obra colectiva: Simon Legasse, profesor en el Instituto Católico de Toulouse y especialista en san Mateo, tuvo que confiar el trabajo, cuando ya estaba a la mitad, al padre Le Poittevin, de la abadía de En-Calcat; a su vez, en el último minuto, éste tuvo que interrumpir el trabajo emprendido ¹ y fue menester paliar estas deficiencias rápidamente.

Así por lo menos pude descubrir de nuevo una cosa —me gustaría que pudiérais gozar también vosotros de esta aventura—: cristianos y biblistas, todos estamos demasiado acostumbrados a leer o a trabajar sobre textos limitados; yo he pasado días y semanas enteras estudiando algún que otro pasaje de Mateo; verse obligado a enfrentarse, durante unos cuantos días, con su lectura global es una prueba saludable. La verdad es que a uno le gustaría detenerse a cada instante para volver a ver el sentido de una expresión, para releer tal comentario, para asegurarse de lo dicho... ¡Es imposible! Quizás entonces a costa de algunas imprecisiones, con el riesgo de caer en intuiciones demasiado rápidamente concebidas, el evangelio nos obliga a descubrir sus líneas maestras. La primera vez que subí a la Acrópolis, fue durante una escala muy breve en Atenas, una noche de luna llena. Había que verlo todo en unas cuantas horas; me senté, una vez pasados los Propileos, frente al Partenón y me quedé allí la noche entera. Luego lo visité más en detalle. ¿Acaso entré en comunión con él más intensamente que durante aquella primera noche global?

El señor de la comunidad

Para descubrir el pensamiento de conjunto de Mateo, lo más sencillo es empezar por el final. Efectivamente, los últimos versículos de su evangelio constituyen un resumen de lo esencial de su proyecto, haciéndonos descubrir quién es Jesús para él y cuál es esa iglesia en la que vive. Son las últimas palabras de Jesús a sus discípulos. Pero no son un adiós; al contrario, el resucitado afirma que está presente en su iglesia hasta el fin del mundo, porque es el señor:¹

Por su parte, los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron; algunos sin embargo dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: «Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28, 16-20).

¹ Cf. H. GEIST, La prédication de Jésus dans l'évangile de Matthieu, en Jésus dans les évangiles (col. «Lire la Bible») Cerf, Paris 1971, 91-116. Un artículo sencillo e interesante que introduce en lo esencial del pensamiento de Mateo.

W. TRILLING, «De toutes les nations faites des disciples» (Mt 28, 16-20): *AsSgn n.º 28 (1969) 24-37.*

Jesús glorificado convoca a sus discípulos en el monte. Así es como se nos presenta al principio la iglesia: como reunión de los «convocados» y como un pueblo en marcha; tiene que dejar Jerusalén, que era hasta entonces el centro geográfico de la fe, el lugar de la presencia de Dios, para ir hacia «la Galilea de los paganos», como se decía. Una iglesia definida ante todo como una «iglesia para el mundo»: ésa es su misión, como Jesús va a explicar enseguida.

Pero ya entonces se adivina que esa iglesia no es un grupo «salvaje», sino una institución. Tiene que reunirse con Jesús en el monte. Ese monte, en Mateo, es mucho más teológico que geográfico: es el monte de la transfiguración en donde Moisés y Elías vienen a conversar con Jesús; la montaña del sermón en donde Jesús da su ley nueva, explicitando la ley de Moisés en el sentido de una exigencia interior más intensa; es finalmente el monte del Sinaí en donde Moisés transmitió antiguamente al pueblo de los convocados la ley de Dios. Aquí, lo mismo que a través de todo el evangelio, Jesús se presenta como el nuevo Moisés, que da su ley al nuevo pueblo de Dios.

Pero Jesús es más que Moisés; los discípulos «se postran» ante él. Se trata del verbo que todavía designa en la iglesia griega la adoración. Pero esta iglesia que adora a su señor en el culto sigue siendo sin embargo una iglesia de pecadores: «Algunos dudaron». Ya en el mismo

instante en que le confesaba como mesías Hijo de Dios, Pedro le estaba tentando (Mt 16, 23).²

Jesús se revela. «Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra». Jesús se revela, por tanto, como el HIJO DEL HOMBRE vislumbrado por Daniel (Dan 7, 14), ese personaje misterioso, símbolo celestial del pueblo perseguido, que recibe sobre las nubes el poder reservado a Dios, el del juicio. En el momento supremo de su vida, cuando finalmente, porque sabe que está ya condenado, Jesús acepta ante el sanedrín decir quién es, declara: «A partir de ahora, veréis al hijo del hombre sentado a la diestra del poder y venir sobre las nubes del cielo» (Mt 26, 64). Jesús se presenta ahora como el señor glorificado establecido desde estos momentos como juez soberano sobre el mundo entero. Por eso precisamente puede «venir a ellos», recogiendo de este modo un título del Dios del final de los tiempos: «El que viene».

Jesús envía a misionar. «Id, pues...». Por ser el señor, Jesús puede enviar a su iglesia a misionar. Pero ¿cuál es esa iglesia? ¿Es ese pequeño grupo de discípulos de la mañana de pascua? ¿No es más bien una comunidad cristiana, allá por los años 80-90, en un rincón de Galilea, que celebra a su señor en el culto y descubre en él su misión? Efectivamente, esa iglesia está ya muy estructurada, con una organización sacramental (una iglesia que «bautiza») y una teología muy elaborada (el dogma de la Trinidad está expresado en una fórmula lapidaria que recuerda nuestro «Gloria al Padre...»). Una fórmula semejante, en la que las tres personas están tan

Cabe preguntar si el Inciso «algunos sin embargo dudaron», que rompe curiosamente la frase, no será quizás una adición. Mateo nos presenta la escena como una «epifanía», como una «manifestación» del Señor exaltado, mientras que Lucas y Juan hacen de ella un relato de «aparición», donde el reconocimiento de Cristo era el contrapunto esencial de la duda. Cf. Cristo ha resucitado, 53-55.

claramente puestas en el mismo plano, es única en el Nuevo Testamento, y se ha necesitado una larga investigación en la iglesia para poderla expresar; se sabe que al principio solamente se bautizaba «en el nombre de Jesús» y las cartas de Pablo nos hacen percibir los lentos titubeos de la fe en la Trinidad. La comunidad que aquí celebra el bautismo sabe que necesitamos entrar en una relación íntima con ese Dios que es Tres.

Esta iglesia tiene una preocupación doctrinal: los once tienen que «enseñar», «hacer discípulos», «enseñar a guardar lo que Cristo ha mandado». Más que los otros evangelistas, Mateo está preocupado por una «pastoral de la inteligencia»: es preciso «comprender» lo que se cree, hay que ser inteligente en la fe. Y si no se acepta toda esa fe y la práctica moral que se desprende de ella, se manifiesta así que uno está «excomulgado», que no está ya en la comunión de la iglesia (Mt 18, 15-18).

Finalmente, esta misión es universal: «Haced discípulos a todas las gentes». Resulta maravilloso escuchar así, en labios del resucitado, la mañana de pascua, lo que los discípulos tardarán varios años en descubrir. Leamos los Hechos de los apóstoles: durante varios años, Pedro y los demás se saben enviados a misionar, pero simplemente según las orientaciones de Jesús antes de pascua: «No toméis el camino de los gentiles..., dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel» (Mt 10, 5-6). Será necesaria toda la fuerza del espíritu para forzar primero a los helenistas (Hech 6 s.) y luego a Pedro (Hech 10-11) a bautizar a los paganos, y el dinamismo de la iglesia de Antioquía (Hech 11, 19s) para predicar directamente a los no judíos. Esta universalidad de la misión no se verá con claridad más que después de la asamblea de Jerusalén hacia el año 50 (Hech 15). Por tanto, puede uno preguntarse si estas palabras del resucitado no serán más bien las «actas del con-

cilio» puestas en sus labios. Al obrar así, la iglesia no es infiel a su fundador, no hace más que explicitar lo que no había podido decirles la mañana de pascua.

¡Misión inmensa para una pobre comunidad!
¿Cuál es entonces su seguridad?

Jesús promete. Su seguridad se basa únicamente en la promesa de Jesús: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Ese «Yo estoy» es muy fuerte; se barrunta en él, lo mismo que en Juan, al «Yavé» del Antiguo Testamento». Y así se explica la anomalía del comienzo del evangelio: cuando la anunciación a José, el ángel le declaró: «La virgen dará a luz un hijo a quien pondrás por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios-con-nosotros»... y José le dio el nombre de... Jesús. Ahora el resucitado se nombra «Yo estoy-con-vosotros», ahora es realmente Emmanuel, «Dios-con-nosotros». Por tanto, esta iglesia no tiene nada que temer;

aquí reside su seguridad última durante todo el tiempo de su misión, el tiempo de la iglesia, delimitado por las dos promesas de su Señor: «**A partir de ahora** veréis al hijo del hombre...» (26, 64), «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo».

*

En estos pocos versículos Mateo nos resume lo esencial de su evangelio.

Nos damos cuenta perfectamente de que este mensaje ha sido largamente meditado y ha sido puesto en forma en una comunidad concreta —con la que tendremos que establecer unas relaciones de conocimiento más íntimas—, pero también que ha habido un teólogo, a quien llamamos «Mateo», que ha recogido ese mensaje y lo ha sabido sintetizar. A través de la obra común de esa comunidad y de ese teólogo se nos presenta cierto «rostro» de Jesús el señor.

1. LA COMUNIDAD DE MATEO

Cuando leemos el evangelio de Mateo, encontramos a Jesús en su marco palestino. Pero ¿pertenece realmente a una época ese Cristo que vive en una comunidad? Lo vemos en una iglesia cristiana, predicando, actuando, instruyendo, curando, presente en todas partes y atento a cumplir con la misión que le ha confiado su Padre. Jesús actuando, de una forma extrañamente moderna y atractiva, tanto en sus discursos como en sus hechos.

No cabe duda; este evangelio ha sido escrito en una comunidad y para una comunidad. ¿De qué origen? ¿De qué época? Hay algunos indicios, sacados en su mayor parte del mismo evangelio, que nos permiten hacernos una idea. Y esta comunidad nos parece extrañamente cercana a nuestra iglesia después del Vaticano II, con su aparato institucional, su liturgia, sus dos

milenios de tradición, a esa iglesia que desea reformarse volviendo a centrar su fe en su señor resucitado, para ser cada vez mejor una «iglesia para el mundo».

1. Una iglesia cristiana de origen judío

Se trata de una comunidad con un comportamiento marcado por las tradiciones judías, especialmente por las tradiciones litúrgicas. El autor del evangelio, por otra parte, es también probablemente judío de nacimiento, de educación, de cultura. Se distingue cuando llega la hora de colocar en un marco judío los relatos, materiales y documentos que ha podido recoger sobre la vida de Jesús, ya elaborados y comentados en el seno de las iglesias cristianas.

Esta comunidad es una iglesia cristiana, «edificada por Jesucristo, el Hijo de Dios vivo» (cf. 16, 18). Sus miembros son «discípulos», que han acudido a «la escuela del maestro (11, 29; 23, 8). Se reúnen para recibir de sus «profesores» (5, 19) las enseñanzas en «discursos», aunque lo que allí buscan sobre todo es la «inteligencia» de la palabra (13, 23).

Esta enseñanza es moral y práctica. Para el autor del evangelio, israelita de origen, la ley sigue estando viva (5, 18), pero la mira con unos ojos nuevos. Es ciertamente el viejo código promulgado antiguamente por Moisés, pero llevado por Cristo a su plenitud (5, 17), reducido a sus principios vitales, descongestionado de su casuística. Jesús se presenta entonces como el intérprete autorizado de la ley, solícito —como subraya continuamente el autor— por basar su argumentación en la escritura sin traspasar los derechos que podían reconocerle los judíos.

La ley, así entendida y practicada, son las «palabras» de Cristo que siguen dirigiéndose a ellos, los creyentes (7, 24-26). Solamente esas palabras serán capaces de producir la verdadera «justicia» (5, 20), de guiarlos en la conducta moral y en el camino de la «perfección» (5, 48; 19, 21).

Al acudir a la escuela de Cristo, se muestran fieles a las tradiciones antiguas sobre la oración, pero renovándolas: rezar sin ostentación ni palabrería (6, 5-7) —el «Padrenuestro es un modelo de discreción—, oración pura, acompañada de un perdón real de las ofensas (6, 14-15). En la prueba y en la tentación, se unen íntimamente a la oración de Cristo (26, 40-41); tienen fe en el Cristo presente en medio de sus asambleas (18, 20), de la misma manera que sus padres creían en la **Shekinah**, o santa presencia de Dios que bajaba sobre el pueblo en oración.

Es en la fe como celebran también la eucaristía (26, 19). Pero ¿qué es lo que significa el culto ante todo? Subordinado siempre a la cari-

dad, se expresa en el perdón y en la misericordia: «Vete primero a reconciliarte con tu hermano» (5, 23-24; 9, 13).

El sábado sigue estando en vigor, aunque la verdad es que lo ponen en cuestión. En efecto, ¿qué significa ahora el sábado, cuando el templo está derruido, y la eucaristía dominical —la comida del Señor resucitado— reúne realmente a la comunidad? Si no les cabe todavía en la cabeza que pueden modificar su observancia, al menos quieren darle su plenitud: el ejercicio de la caridad, autorizado por la propia escritura (12, 1-8).

Las «buenas obras», tradicionales en tiempos del judaísmo, el ayuno (4, 2) y la limosna, están normalmente en uso dentro de la comunidad, pero «en secreto» (6, 2-4; 6, 16-18), lo mismo que la oración (6, 6).

En cuanto a lo que llamamos «los sacramentos», también están ya organizados. Existe el bautismo (28, 19), en referencia con el de Jesús (3, 13-17), mejor comprendido a la luz de su muerte y de su resurrección. Está establecida la práctica del perdón de los pecados (18, 18), ya que hay unos hombres que participan en la tierra de la autoridad del hijo del hombre (9, 6-8).

Robustecida con la presencia de Cristo «todos los días hasta el fin del mundo», se va afirmando esta comunidad que vio nacer el evangelio de Mateo por los años 80-90.

Expresión de la fe viva de una comunidad, ¿no estará igualmente escrito este evangelio de cara a unas circunstancias y ante unas realidades nuevas?

Los cristianos de Jerusalén habían abandonado la ciudad, ya antes del año 70. Algunos se habían establecido en Pella, al otro lado del Jordán; otras comunidades cristianas se dispersaron por Siria (4, 24) e incluso se habían juntado con la iglesia de Antioquía. De hecho, las comunidades helenistas parece ser que acogieron

en Siria —no sin algún esfuerzo— a grupos de origen judeo-cristiano.

A las dificultades de asimilación y a las dimensiones internas que todo aquello provocaría, hay que añadir algunas otras pruebas que han dejado su huella en nuestro evangelio. Las comunidades, heterogéneas ya por su origen, se van mezclando cada vez más; conviven cristianos buenos y malos (13, 36-43.47-50). Se abre paso una nueva tentación: Jesús está ya lejos en el pasado; hace más de cincuenta años que fue promulgada su ley; ¿es todavía válida y practicable? De hecho, han desaparecido los primeros testigos y discípulos; se ha debilitado el primer poplo de la iglesia. Se ha rebajado el ideal de perfección (5, 48; 19, 21); se busca simultáneamente a Dios y al dinero (6, 24); se adormecen en lo milagroso (7, 21-23); sobre todo, la caridad se ha enfriado (24, 12).

En una iglesia en donde todos son hermanos (23, 8), resulta que «sus propios familiares serán los enemigos de cada cual» (10, 36). ¿Acaso la verdadera cuestión será la de saber quién es más grande? (20, 22). Ahora se necesita estimular más el espíritu de servicio (20, 26-28), la caridad para con los pequeños y los débiles, para con los pecadores (18, 6.10-14), el arreglo de las diferencias y la corrección fraterna (18, 15-18). Incluso va siendo necesario denunciar la hipocresía (7, 5), así como la «iniquidad», que es desobediencia a la «voluntad del Padre que está en los cielos» (7, 21-23) y que puede llevar hasta la perdición (7, 13.23; 22, 14). En una palabra, hay que reconocer que es «estrecha la entrada y angosto el camino» (7, 14).

«¡Hombres de poca fe!»: tal es el reproche más frecuente (6, 30; 8, 26; 14, 31; 16, 8; 17, 20) que se dirige a esos cristianos zarandeados por la tempestad (8, 23-27) y dispuestos a seguir a los falsos profetas (24, 11).

«¡Sígueme!» (8, 22; 9, 9); «le siguieron» (4, 20-22; 8, 23). Tal es el único remedio que opone

Jesús a la falta de fe de sus discípulos: les pide esa decisión. Solamente los que consienten en seguirle percibirán sus gestos y sus signos de poder.

Es verdad que la salvación es siempre actual y que el salvador glorificado está ya presente (1, 23; 28, 20); pero el maestro que ha prometido volver «tarda en venir» (24, 48-49; 25, 5.19). Ese retraso es motivo de cansancio para muchos. No hay que hacerse ilusiones: la fecha es desconocida (24, 36) y habrá que velar, sin cansarse de la larga espera (24, 42; 25, 13; 26, 38). Por eso es urgente reforzar ahora en la iglesia las condiciones que le permitan recorrer su tiempo «hasta que él venga», aunque no se trata de darle tanto una jerarquía y unas estructuras como una regla de vida por los siglos.

2. Una iglesia que se opone al judaísmo oficial

Una regla de vida, para esos cristianos que no se han visto tocados por la enseñanza de san Pablo, es necesariamente una ley, tan obligatoria y tan practicable como la ley de Moisés para el judaísmo: ¿no es acaso la ley la expresión verdadera y universal de la voluntad de Dios? Esa parece ser precisamente la convicción del redactor de este evangelio.

Por muy renovada que esté, esta ley se presenta como una prolongación de la primera. ¿No era acaso Jesús un rabino especialmente distinguido? ¿No se expresó según las sentencias tradicionales, con un gran deseo de pureza y de autenticidad? Por tanto, su enseñanza tiene que desembocar en una legislación precisa y que ofrezca una verdadera seguridad. Esa es precisamente, para estos adeptos de una ley nueva, la tentación contra la que reacciona vigorosamente nuestro evangelio: la voluntad de Dios es libre y sin límites: «Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial» (5, 48) — «Hay que perdonar hasta setenta veces siete» (18, 22).

Esta reacción contra el legalismo ¿significará entonces una ruptura con las comunidades judías de la época? ¿Qué figura presenta por este tiempo el judaísmo tardío y perseguido, desposeído de su ciudad y de su templo?

Poco antes de la caída de Jerusalén, algunos fariseos lograron huir de la ciudad y fundaron una escuela en Yamnia (Yabné), en la costa mediterránea, al sur de Jaffa. Esta escuela se convirtió, después del año 70, en el refugio de los fariseos que se libraron de la matanza; fue allí donde cobró nueva vida el judaísmo palestino.³

Había que cerrar filas. Ante todo, había que arreglar las diferencias entre las escuelas rivales, fijar un calendario común para las fiestas y promover una liturgia sinagoga, definir el «ca-

³ Cf. W. D. DAVIES, El sermón de la montaña. Madrid 1975, sobre todo 105-112.

non judío de las escrituras». La necesidad de una disciplina obligó a dar mayor importancia al rabinato (se institucionalizó el título de «rabí») y se empezó a fijar por escrito la tradición de la ley judía. La unidad de este judaísmo renaciente se fue reforzando, estimulada por las presiones de fuera: el paganismo, el gnosticismo y sobre todo el joven cristianismo. De esta forma, en aquel judaísmo tan diverso del de los tiempos de Jesús, subsistieron, entre los movimientos bautistas y algunos otros marginales, dos «sectas» antagónicas: el fariseísmo y el cristianismo. Sus posiciones se fueron endureciendo con la controversia. El judaísmo adoptó medidas de autodefensa: por ejemplo, la repulsa de los Setenta o de la traducción griega de las escrituras y la introducción de oraciones y de ritos impracticables para los cristianos, como la **Birkat-ham-minim**.

La «Birkat-Ham-minim»

Las «Shemoné 'Esré» eran las dieciocho bendiciones que comprendían las oraciones de la mañana que rezaban los judíos en tiempos de Cristo. Por el año 80 se les añadió, por iniciativa de Gamaliel II, una nueva bendición, llamada «Birkat-Ham-minim», cuyo texto es el siguiente: «Que los calumniadores no tengan esperanza, que los malévolos sean aniquilados, que tus enemigos sean destruidos. Que la fuerza del orgullo quede pronto y en nuestros días abatida, rota y humillada. Alabanza a ti, eterno, que destrozas a tus enemigos y derribas a los orgullosos». Esta bendición contra los «minim», esto es, los herejes, iba dirigida contra los judíos que se habían pasado al cristianismo.

Para explicar esto hay que saber que, en las sinagogas, se había ido desarrollando progresivamente la función del «targumista», que consistía en traducir al arameo la lectura que se había hecho de las escrituras en hebreo. El targumista realizaba esta función sin la ayuda de un texto escrito. Es fácil comprender que esta institución, que hacía posible una interpretación de las palabras sagradas por cualquier judío adulto, permitía a los que así lo

deseasen hacer colar sus propias ideas y sus interpretaciones personales, teniendo además en cuenta que esta lectura iba seguida a veces por una homilía. En el evangelio vemos a Jesús actuando de este modo (Mt 13, 54 s; Mc 6, 1-6; Lc 4, 16 s; Lc 13, 10). Los primeros cristianos, sobre todo san Pablo, intervinieron también en las sinagogas (Hech 9, 20; 13, 5.14.44; 14, 1; 17, 1 s.10 s; 18, 4.19 b; 19, 8 s...). Esto demuestra que los primeros cristianos seguían yendo a la sinagoga a fin de propagar el cristianismo entre los judíos: intentaban convencer a sus oyentes de que Jesús era el mesías anunciado por las escrituras que acababan de leer.

El fin de la «Birkat-Ham-minim» fue impedir a los cristianos participar en el culto sinagoga y sobre todo que actuasen de targumistas. Entonces los cristianos dejaron de acudir a las asambleas cultuales judías en las que Mateo llama «sus sinagogas» (4, 24; 9, 35; 10, 17; 12, 9; 13, 54; 23, 24), las de los judíos incrédulos y perseguidores. Sin embargo, parece que ni siquiera entonces se consumó por completo la ruptura, sino que se mantuvieron ciertos vínculos entre la iglesia de Mateo y el judaísmo, que Mateo no deseaba romper (Mt 5, 17; 23, 2-3). Esto ayudaría a fijar la composición del primer evangelio por los alrededores del año 85.

Por su parte, los cristianos no ignoraban ese sectarismo que había nacido en Yamnia; su postura ante él se manifiesta a lo largo de todo el evangelio. El fariseísmo se ve sistemáticamente acusado de perversión, de tiranía, de ambición y de intemperancia. Más todavía, a través de los fariseos de Yamnia, se acusa a todos los «doctores» del tiempo de Jesús, a pesar de que fueron ellos, antes que todos los creyentes, quienes anunciaron los dos acontecimientos más importantes de la vida de Jesús: su nacimiento al rey Herodes (2, 5) y su resurrección a Pilato (27, 63). Por eso precisamente son «inexcusables»: porque sabían. A través de los jefes, la acusación llega a todo el pueblo: «Se os quitará el reino de Dios» (21, 43); «los hijos del reino serán echados fuera, a las tinieblas» (8, 12); ese pueblo ha aceptado dejarse conducir por sus jefes, hasta cargar voluntariamente con la responsabilidad de la muerte de Jesús: «Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (27, 23-25).

La destrucción de Jerusalén fue el primer acto de castigo. «En ruinas parará esta casa» (Jer 22, 5), abandonada por la **Shekinah**. El segundo acto se sitúa en la parusía, el día del juicio (23, 38-39), cuando Sodoma y Gomorra tendrán una suerte mejor que los judíos incrédulos (10, 15; 11, 22-24).

¿Es totalmente negativa la actitud del evangelio contra el judaísmo de Yamnia? La finalidad del autor no es primordialmente polémica; «lo que intenta es instruir a la comunidad cristiana, guiarla en su vida interna, indicándole sus propias obligaciones». Moteja vigorosamente a los malos cristianos con el mismo título que a los judíos (7, 5; 24, 51) y les amenaza con las mismas condenaciones (7, 19.21-23; 18, 23-35; 25, 14-30).

A través de los reproches, no se descubre ni espíritu de venganza ni incitación a la violencia. El evangelio predica amor a los enemigos, y és-

tos son también los judíos (5, 44-47; 5, 12 = 23, 34-35).

Más aún, el mantenimiento en el evangelio de la sentencia antigua: «Haced, pues, y observad todo lo que os digan» (23, 3), demuestra que el autor del evangelio se preocupa de tratar con miramientos al judaísmo. Todavía existen ciertos vínculos entre ambos grupos; la ruptura no se ha consumado por completo. El evangelio no está cerrado a los judíos; sin proselitismos, mantiene sin embargo abierta una perspectiva...: «hallaréis descanso para vuestras almas» (11, 28-30).

3. Una iglesia que se abre a los paganos

Esta comunidad se ha presentado hasta ahora como preocupada de sí misma, de su organización jerárquica y sacramental, de su vigor moral, de su supervivencia frente a las fuerzas adversas.

No hay que aguardar a las últimas palabras de Cristo resucitado para oír hablar de los paganos (28, 19). Toda la comunidad se preocupa de ellos y los acoge entre sus miembros, como atestigua el evangelio: los primeros que adoraron a Jesús fueron los magos (2, 1-12). Son invitados «todos los que encontréis» (22, 9), «todas las naciones en el universo entero» (24, 14; 26, 13). De hecho, muchos «surgirán de oriente y de occidente» (8, 11) para ocupar el lugar de los hijos del reino. Son «turbas numerosas» (mencionadas 40 veces en Mateo) las que siguen a Jesús, anunciando la entrada masiva de los paganos en la iglesia (4, 25), o, por el contrario, individuos como el centurión y la cananea que confiesan su fe (8, 5-13; 15, 21-28), o bien el centurión y los que con él miran a Jesús al pie de la cruz (27, 54).

Todos ellos ven en Jesús, como el evangelio de Mateo es el único en afirmar (según Lc 42, 1-4), al «siervo para todas las naciones» (12, 18-21).

Es posible que las comunidades de Mateo ha-

yan sentido la tentación de presentarse como «la luz del mundo» (5, 13-16) frente a la comunidad judía que se daba este mismo apelativo. Por eso mismo, les tocaba a ellas más que a las demás convencerse de la autoridad de Jesús, rey y juez universal (25, 31s) y recordar su último mandato: «Id y haced discípulos a todas las gentes» (28, 19). La comunidad estaba dispuesta para esta misión; Cristo había constituido a sus discípulos como «apóstoles», esto es, como «enviados» (10, 2-5) a «las ovejas perdidas de la casa de Israel» (10, 6; 15, 24); pero aquella era la primera etapa de una misión universal «a todas las naciones» (24, 9.14; 25, 32; 28, 19), con la asistencia de Cristo (1, 23; 28, 20), «todos los días hasta el fin del mundo» (28, 20).

*

¿Para quién se escribió el evangelio de Mateo?

Sin duda alguna, en primer lugar para las comunidades cristianas de Siria y de Palestina del norte, de las que formaba parte el propio autor.

2. EL TEOLOGO «MATEO», REDACTOR DEL EVANGELIO

El autor de este evangelio, al que llamamos Mateo, es un escritor con procedimientos estilísticos muy diferentes de los que utilizan los otros evangelistas. Es un teólogo que sintetiza el mensaje vivido en su comunidad y que lo proclama a esa comunidad. Pongamos de relieve algunas de estas características.

1. El estilo de Mateo

Como todos los autores, Mateo utiliza un estilo y unos procedimientos de composición que lo identifican; estilo y procedimientos semitas, recogidos de una tradición preexistente y reinterpretados en una redacción nueva.

Ese trasfondo semítico está muy marcado, no tanto en el vocabulario como en las expresiones

En su última redacción —la única que conocemos— agrupa, coordina y sintetiza los relatos de la vida de Jesús que se han ido repitiendo y transmitiendo las comunidades. Estos relatos, fundados a su vez sólidamente en el testimonio de los apóstoles y de los discípulos, se inscriben en el marco del judaísmo del siglo I y están alimentados por el Antiguo Testamento, releído y reinterpretado por las comunidades a la luz de la resurrección de Cristo.

De esta forma, este evangelio es un texto vivo, la expresión de una larga tradición que se remonta a los acontecimientos de la misma vida de Jesús y que se va desarrollando hasta la vida de las comunidades de finales del siglo I. Más allá del texto fijado definitivamente, que la iglesia da a comprender en su totalidad, el evangelio sigue vivo, ya que está destinado a unos lectores, esto es, a unos hombres que de generación en generación hasta nosotros han leído y releído este texto partiendo de su propia vida, en el seno de la misma tradición eclesial.

—por ejemplo: «reino de los cielos», «mi Padre que está en los cielos», «cumplir la ley», «la ley y los profetas», etcétera— típicamente palestinas, y en los procedimientos literarios: **fenómenos de repetición**, resúmenes, refranes, dobles y sobre todo **inclusiones**, que consisten en repetir, al final de un desarrollo, una palabra o una fórmula típica que había servido para introducirlo. Así, por ejemplo: «Porque de ellos es el reino de los cielos» (5, 3 y 10), «lo que es lícito (o no es lícito) hacer en sábado» (12, 2 y 12); «generación malvada» (12, 39 y 45), etcétera... Este procedimiento se explica muy bien en el marco de una tradición oral y se ve frecuentemente reforzado por el empleo de la **palabra-ágrafe** (o palabra-gancho) que relaciona entre sí

¿Quién es Mateo?

Lo mencionan todas las listas de apóstoles (Mt 10, 3; Mc 3, 18; Lc 6, 15; Hech 1, 13) y el evangelio de Mateo lo califica de «publicano», refiriéndose al episodio de la vocación del cobrador de contribuciones en Cafarnaún (Mt 9, 9 y par.). (Sin embargo, Marcos aplica este relato a Santiago, hijo de Alfeo, y Lucas a un tal Leví, desconocido por otra parte). No se habla más de Mateo en el Nuevo Testamento.

Però hacia el 110 o el 120, Papias, obispo de Hierápolis en Asia Menor, dirá de él que «puso en orden las sentencias (logia) en dialecto hebreo, y cada uno las interpretó como podía». La tradición antigua recogió este testimonio, citado por Eusebio en su Historia eclesiástica (III, 39, 6).

Al atribuir al apóstol Mateo la reunión de los «logia», Papias parece aludir al evangelio entero. ¿Se trata luego de «traducciones» orales o más bien escritas? El no dice que nuestro evangelio griego de Mateo, que conocía, fuese una de esas traducciones, ni da ningún juicio de su fidelidad respecto al arameo. De hecho, el examen interno del texto de que disponemos contradice a la hipótesis de una traducción; ha sido compuesto en griego. El redactor de nuestro evangelio ha asumido su propia responsabilidad de autor.

Sin embargo, la inscripción «según Mateo» que figura a la cabeza de nuestro texto griego del evangelio, atestiguada ya en la primera mitad del siglo segundo, puede haber sido admitida en tiempos de Papias. Por tanto, se puede mantener que entre el apóstol Mateo y el evangelio se reconocía ya en la más alta antigüedad cierto vínculo de parentesco.

ciertas sentencias o desarrollos de origen diverso: por ejemplo, luz-lámpara (5, 14.15), tesoro (6, 19.21), preocuparse (6, 25.34).

Las **agrupaciones numéricas** (2 - 3 - 7) son muy frecuentes. Su función puede ser mnemotécnica; tienen sobre todo un valor simbólico muy apreciado entre los judíos.

2. La utilización del Antiguo Testamento

El rasgo más característico del primer evangelio es su utilización tan amplia del Antiguo Testamento. En 130 pasajes por lo menos, el autor se refiere directamente a la escritura, de los que 43 son citas concretas. Utiliza de ordinario el texto griego de la escritura, que está en la base de su exposición; cuando traduce directamente un texto hebreo, lo hace generalmente en un pasaje que le es propio; no depende entonces ni del evangelio de Marcos ni de ninguna otra fuente conocida.

Cita la escritura según la forma judía, respetando a veces hasta la letra de los textos. Las escrituras se consideran como si tuvieran un origen divino inmediato. Su culto, su lectura asidua, su profunda asimilación, impregnan por completo la vida de las comunidades judías; Jesús y sus discípulos, lo mismo que las primeras comuni-

dades cristianas, tuvieron esas mismas perspectivas. El autor del evangelio lo sabe muy bien y con razón pide para sí mismo, como para Jesús, la sumisión a su autoridad de intérprete de las escrituras, a su función de predicador: «A fin de que se cumpla lo que fue dicho por el señor a través del profeta que dijo...»; esta fórmula se repite hasta once veces a través del evangelio y en cinco ocasiones en los relatos de la infancia solamente. Los textos citados no pretenden, en primer lugar, probar o explicar los hechos narrados, sino conferirles su carácter sagrado y divino: los designios de Dios se cumplen en la persona y en los hechos de Jesús. Así, en continuidad con el propio Jesús, el evangelista inserta el mensaje de la buena nueva en la historia de la salvación; la autoridad divina de Jesús le permite liberarse de la letra de la ley y de los profetas, superándola y alcanzando el carácter universal y profundo del cumplimiento mesiánico.

La hechura semítica de este evangelio ha impresionado siempre a sus lectores, hasta el punto de que su atribución a un apóstol no constituyó ninguna dificultad en los tiempos antiguos. Este semitismo se debe ciertamente a las fuentes mismas del evangelio de las que el autor es un testigo fiel, respetando las propiedades del

lenguaje y las formas primeras que encontró en él. Y al ser él mismo semita, las asimiló de buena gana.

3. La geografía de Mateo

La geografía de los evangelios es también teológica, ya que quiere decirnos algo de Jesús. La de Mateo es parecida a la de Marcos y sin embargo su sentido es bastante diferente.⁴

La tierra de Jesús es la Galilea, esto es, una región de Palestina, pero que tenía también un valor simbólico: se hablaba con frecuencia de la «Galilea de los paganos» (o de las naciones), con cierto matiz peyorativo: tierra de paso, esta región había sufrido muchas influencias y la fe no era allí muy pura a los ojos de los fariseos. Pero era también símbolo de esperanza: el profeta Isaías había anunciado que al final de los tiempos Dios se manifestaría allí a los paganos (Is 8, 23).

Durante su vida terrena, Jesús vivió sobre todo en Galilea. Volvió allí tras su huida a Egipto, como en un nuevo éxodo. Y esa Galilea tiene unas fronteras que Jesús sólo franqueó en muy pocas ocasiones para ir a los paganos; durante su ministerio, Jesús no predica más que a los judíos, y es allí, entre los galileos, donde imparte sus principales enseñanzas. En dos ocasiones, Jesús dejó Galilea: la primera vez, para ir a recibir el bautismo de Juan; la segunda, para su última ida a Jerusalén, lugar de su pasión y de su muerte.

Pero Jesús volverá allí. Mateo es el único que sitúa la manifestación del resucitado en Galilea. Este regreso es simétrico al primero, durante su infancia. «Son retornos simétricos y se corresponden entre sí, pero no se repiten. Se ha realizado una verdadera metamorfosis en el intervalo que los separa». Porque «Jesús es más que Moisés. Este murió en el desierto, sin haber po-

⁴ Cf. J. DELORME, *Lecture de l'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 13-15.*

«Según las Escrituras...»

«Apelando a las escrituras es como los apóstoles hicieron creíble su evangelio. Al dirigirse a sus correligionarios, evocan los designios de Dios sobre la humanidad y demuestran que los acontecimientos nuevos se insertan en la tradición más auténtica de los padres: ¿acaso no fueron profetizados por Dios en las escrituras? Los apóstoles intentan de este modo facilitar su adhesión a Jesús, anunciando que fue precisamente él a quien anunciaron todos los profetas.

Los acontecimientos que iluminan la escritura, señalando su culminación, quedan a su vez iluminados y justificados de alguna manera por las profecías. Tal es el sentido de aquel «según las escrituras» que iba poniendo ritmo al credo recordado por san Pablo a los corintios (1 Cor 15, 3-4).

Los apóstoles no prueban, en el sentido moderno de la palabra, esos acontecimientos que atestiguan, sino que los sitúan en la economía divina de la historia de la salvación, demostrando el significado que le dan al pasado y a la revelación entera. De esta forma, los apóstoles, y más tarde los evangelistas siguiendo sus huellas, interpretando el hecho de pascua a la luz de los eternos designios de Dios, arrancan la historia de Jesús de la vulgaridad de la historia e invitan a los oyentes y lectores del evangelio a adorar al señor».

X. LEON-DUFOUR,
L'évangile et les évangiles.
Beauchesne, Paris 1954, 22, 23 y 25

dido conocer la tierra prometida, sin conducir allá a su pueblo. Pero Jesús atraviesa el desierto de la muerte; una vez acabado su «éxodo», y terminada su «cautividad», vuelve a Galilea, que se convierte entonces en la tierra del resucitado»,⁵ la tierra de la abertura al mundo. Se esperaba que al final de los tiempos Dios se manifestaría en esta Galilea de los paganos. Por tanto, es allí donde el señor se manifiesta a sus discípulos para enviarlos al mundo entero.

⁵ A. PAUL, *La Galilée des Nations: Aujourd'hui la Bible n.º 120, 7.*

Para continuar el estudio

- J. RADERMAKERS, **Au fil de l'évangile selon saint Matthieu, I. Texte; II. Lecture continue.** Institut d'Études Théologiques, Louvain, 1972, 96 y 400 p. (La mejor presentación actual en francés. Capta bien las ideas fundamentales).
- P. BONARD, **L'évangile selon saint Matthieu**, Delachaux et Niestlé, Neuchâtel 1963, 424 p. (Comenta bien cada texto, sin hacer síntesis).
- X. LEON-DUFOUR, **L'évangile selon saint Matthieu.** PROFAC, Lyon 1972, 160 p. (Lecturas excelentes de textos de Mateo; no recoge los textos comentados en sus **Estudios de evangelio**. Estela, Barcelona 1969. Tampoco presenta los relatos de la pasión-resurrección).
- B. RIGAUX, **Témoignage de l'évangile de Matthieu.** Desclée de Brouwer, Paris 1967, 309 p.

G. BECQUET, **Lectures d'évangile, année B.** Seuil, Paris 1974.

W. D. DAVIES, **El sermón de la montaña.** Cristiandad, Madrid 1975. (Sitúa magníficamente y con sencillez el ambiente de vida y el contexto general del sermón, y más ampliamente los del primer evangelio).

I. GOMA CIVIT, **El evangelio según san Mateo (1-13).** Maroma, Madrid 1966, 774 p.

J. SCHMID, **El evangelio según san Mateo.** Herder, Barcelona 1967, 570 p.

Finalmente, hay que citar la colección *Assemblées du Seigneur*, Cerf (cada volumen, de 80 p., presenta los textos bíblicos; es el mejor conjunto de comentarios en francés, aunque limitado a la selección litúrgica. La citamos en abreviatura «AsSgn»; antes de la reforma litúrgica había aparecido una primera serie, que citamos «1.ª serie»).

3. EL «JESUS» DE LA COMUNIDAD DE MATEO

Puede parecer extraño este título: el «Jesús» de Mateo o de su comunidad ¿no es acaso el mismo que el de Marcos, el de Lucas o el de Juan? Pero es bien sabido que cada persona humana es un misterio y que cada uno de nosotros descubrimos en ella algún que otro aspecto, aquel o aquellos con los que sin duda estamos más de acuerdo. Ante este misterio que es la persona de Jesús, ¿cómo va a suceder de otro modo? Es esa riqueza de nuestros evangelios la que nos revela de esta forma unos «rostros» de Jesús un poco diferentes y complementarios.

No se trata de trazar aquí un «retrato» completo del Jesús de Mateo, sino solamente de descubrir algunos títulos a los que podemos atender especialmente en el curso de la lectura.

Nuevo Moisés

La comunidad de Mateo parece haber reconocido instintivamente en Jesús a un nuevo Moisés, ya que era esto lo que correspondía a lo

que estaba viviendo por entonces, mientras que, por ejemplo, las comunidades de Lucas, que vivían de otra forma, verán sobre todo en él al nuevo Elías.⁶ Compuesta en su mayoría de judíos hechos cristianos,⁷ esta comunidad nace con mil quinientos años de tradición a sus espaldas, la del pueblo de Dios del que se siente legítima heredera. Es una comunidad bien estructurada en torno a los doce, con ciertas reglas para su vida de grupo, una doctrina, una oración común...

⁶ Para una comparación de estos dos rostros de Jesús en Mateo y en Lucas, cf. E. CHARPENTIER, *Approches différentes de Jésus Christ: Unité des Chrétiens* 15 (julio 1974) 11-19.

Una comunidad, debido precisamente a su forma de vivir, tiende a dar la preferencia a un «rostro» de Jesús. Es ésta una cuestión que nos podemos plantear: «¿Cuál es el rostro de Jesús que transparenta nuestra comunidad, por su misma vida? ¿Cuál es el rostro que manifiesta al mundo?»

⁷ *Un tipo parecido de comunidad es el que nos describe Lucas en los cinco primeros capítulos de los Hechos.*

Por eso ve en Jesús al nuevo Moisés que da a este nuevo pueblo la ley nueva, ante todo en el sermón de la montaña (5-7), pero además a través de esos cinco grandes discursos que van jalonando el evangelio de Mateo y le dan una fisonomía propia (cinco discursos, lo mismo que había un «pentateuco», los cinco libros de la ley de Moisés). Jesús aparece como el «maestro de justicia» que enseña la forma de vivir en el reino de Dios.

Pero, para recoger una frase de la carta a los hebreos (3, 5), Moisés era «servidor» en la casa de Dios, mientras que Jesús es «Hijo».

El Hijo de Dios

Marcos utiliza raras veces este título; todo su evangelio nos va preparando para proclamarlo, junto con el centurión, al pie de la cruz; pero quiere que vayamos haciendo progresivamente este descubrimiento en la fe.⁸ Mateo, por el contrario, se sitúa deliberadamente en una comunidad cristiana en donde esta palabra tiene el sentido fuerte que siempre ha tenido para nosotros (y no un simple equivalente de «mesías hijo de David», como en tiempos de Cristo). Intenta hacernos presentir en este hombre, tan semejante a los demás, el misterio que lleva consigo: cuando nos sentimos desamparados, tenemos que lanzar este grito como los discípulos en medio de la tempestad (14, 33); tenemos que proclamarlo, como Pedro, cuando nos preguntan sobre su identidad (16, 16); con los guardias paganos tenemos que reconocerlo en el crucificado (27, 54).

Y es este misterio profundo el que da todo su sentido a los demás títulos.

Hijo del hombre

Daniel había vislumbrado la figura misteriosa de este personaje celestial, personificación de los justos perseguidos, que recibía sobre las nu-

⁸ Cf. J. DELORME, *Lecture de l'évangile selon saint Marc: Cahier Evangile n.º 1/2, 17-23.*

bes del cielo el poder reservado a Dios, el de juez (Dn 7). La resurrección es para Jesús su entronización como hijo del hombre, que realiza los numerosos anuncios que de él se habían hecho (19, 28; 24, 30; 26, 64...). Entonces Jesús puede ser realmente la personificación de todos los perseguidos, de todos los pequeños, de todos los pobres con los que se identifica (25, 36-46). Y es también eso lo que fundamenta su «autoridad», permitiéndole enviar sus discípulos al mundo entero (28, 16-20).

Mesías, hijo de David

Es aquel a quien Dios ha encargado de proclamar la venida del reino y de inaugurararlo por su pasión-resurrección, cuyo signo son sus actos de poder. Pero no realizará ese reino de la manera belicosa y triunfante que a veces se esperaba. Porque ha venido para «servir».

El siervo que toma nuestras enfermedades

Mateo es el único que aplica explícitamente

El evangelio «eclesial»

«Entre todos los escritos del Nuevo Testamento, el evangelio de Mateo es aquel que tiene una influencia literaria más generalizada y más profunda en la literatura cristiana que se extiende hasta las últimas décadas del siglo II. Los primeros escritores eclesiásticos se inspiran sobre todo en las palabras de Jesús recogidas en el primer evangelio; a sus ojos, poseen un grandísimo valor, ya que representan la enseñanza del señor que sirve de base al cristianismo.

Hasta el final (del siglo II), el primer evangelio sigue siendo el evangelio por excelencia; se le pide la doctrina que condiciona las actitudes cristianas, de forma que el evangelio de Mateo se convierte en norma de vida cristiana».

«El cristianismo común se estableció sobre las enseñanzas de Cristo sacadas del evangelio de Mateo».

E. Massaux, *Influence de l'évangile de saint Matthieu sur la littérature chrétienne avant saint Irénée. Louvain 1950, 651 y 654.*

a Jesús los oráculos del siervo doliente de Isaías (42, 1 = Mt 12, 18; 53, 4 = Mt 8, 17). Es el salvador que se lleva nuestras enfermedades y nuestros pecados; derrama su sangre «por la multitud», para el perdón de los pecados (26, 28; cf. Is 53, 12).

El señor de su comunidad

«Lo mismo que Mateo ve con mayor claridad y fuerza que los otros sinópticos la imagen de la comunidad por detrás de los discípulos, también

traspasa sin detenerse la imagen del Jesús histórico para llegar al señor vivo de la comunidad... Partiendo siempre de la experiencia del señor vivo en la comunidad, es como Mateo emprende la exposición de las tradiciones relativas a Jesús».⁹

De esta forma, la cristología se convierte en él en eclesiología, su reflexión sobre Cristo no puede separarse de su reflexión sobre la Iglesia.

⁹ H. GEIST, o. c., 94-95.

Una posible lectura del primer Evangelio

No nos vamos a arriesgar a presentar el «plan» del evangelio según san Mateo, sino que nos limitaremos más modestamente a presentar una lectura posible de este evangelio. Aun cuando resulte discutible, su misma simplicidad permite por lo menos orientarse en este libro un tanto complejo y poner de relieve algunas ideas esenciales de Mateo. ¿En qué está basada esta lectura?

Cinco discursos

Todo el mundo admite la existencia de cinco grandes discursos. Mateo es el primero en hacer esta distribución, ya que hace seguir a cada uno de ellos de la misma fórmula: «Y sucedió que, cuando acabó Jesús estos discursos...» (7, 28; 11, 1; 13, 53; 19, 1), y como cierre final: «Cuando Jesús terminó todos estos discursos...» (26, 1). Estos discursos van separados por unos conjuntos de relatos (hechos y palabras diversas de Jesús).

Los conjuntos: discursos - relatos

¿Forman cada uno de estos conjuntos un blo-

que? Algunos no lo creen así y proponen en consecuencia un plan que no lo tiene en cuenta.¹ Otros, más numerosos, creen por el contrario que forman unas **secciones-relatos**, paralelos a los discursos, y conciben el evangelio compuesto de «cinco cuadernos», que comprende cada uno una sección-relato seguida de un discurso (3-7; 8-10; 11-13, 52; 13, 53-18; 19-25), con un prólogo (el evangelio de la infancia: 1-2) y una conclusión (los relatos de la pasión-resurrección: 26-28).²

Pues bien, está claro que al menos en un caso el propio Mateo ha manifestado con claridad su intención: hay una inclusión, es decir, una frase repetida para delimitar un conjunto (algo así como cuando nosotros delimitamos una cita

¹ *El plan, sugestivo y complejo, propuesto por X. Léon-Dufour, intenta poner de relieve el drama que se manifiesta a través del evangelio: el reino de Dios pasa del pueblo judío a la comunidad nueva (cf. Introduction à la Bible, 2. 1959, 174-178, o L'évangile selon saint Matthieu. PROFAC 1972, 14-20).*

² *Tal es el plan que propone, por ejemplo, la Biblia de Jerusalén.*

por medio de corchetes), para encuadrar el primer discurso y una sección-relatos: «Recorriendo toda la Galilea, Jesús enseñaba en sus sinagogas, proclamaba la buena nueva del reino y curaba toda enfermedad y toda dolencia» (4, 23 = 9, 35). Esto significa que Mateo considera, por lo menos en un caso, a los relatos como formando un bloque y que este bloque es la continuación del discurso. Nos muestra a Jesús poderoso en palabras (discursos) y en hechos (milagros). Lo que Mateo indica con tanta claridad para el primer «cuaderno» ¿no valdrá también para el conjunto? Veremos cómo esto resulta muchas veces aleccionador.³

Así, pues, nuestra lectura se organizará en cinco capítulos, compuestos de un discurso y de una sección-relatos cada uno, en donde Jesús expresa por medio de hechos lo que antes ha presentado en palabras. Esto tiene concretamente la ventaja de no convertir ya los relatos de la pasión-resurrección en un apéndice, sino más bien en la realización fáctica de lo que Jesús anunciaba en sus discursos sobre el final de los tiempos.

Dos «episodios-eje»...

El conjunto de los relatos que preceden al primer discurso, la predicación de Juan bautista, el bautismo de Jesús y las tentaciones (Mt 3-4) se convierte en un «episodio-eje», que es a la vez introducción al ministerio de Jesús y conclusión del prólogo.⁴ Pues bien, es significativo que los elementos de este conjunto tengan su paralelo en los episodios en torno a la confesión de fe de Pedro en Cesarea (16, 13-17, 27). Nos encontramos con la misma fórmula en ambos casos: «A partir de entonces Jesús comenzó a...»,

³ Seguimos aquí, en su conjunto, el plan propuesto por Ph. Rolland en el *Bulletin de Théologie Biblique* 2 (1972) 157-178 y sugerido por Radermakers, o. c., 20-22.

⁴ E. KRENTZ demostró el paralelo entre el ciclo de José (1-2) y el de Juan bautista (3, 1-4, 16). (Véase el resumen en el artículo citado de Ph. Rolland, 160).

y en ambas ocasiones esto nos introduce en una enseñanza solemne: después de sus tentaciones, Jesús comenzó a proclamar: «¡Ha llegado el reino de Dios!» (4, 17), mientras que, después de la profesión de Pedro, Jesús comenzó a enseñar a sus discípulos que «era preciso... sufrir...» (16, 21).⁵ En el primer caso Jesús proclama una enseñanza **a todos**, y en el otro **a sus discípulos**.

Por otra parte, se advierte, en estos dos conjuntos, ciertos episodios semejantes, pero vistos en otra perspectiva: en ambos casos hay una revelación por parte del Padre (en el bautismo la voz celestial lo designa como su hijo muy amado; en Cesarea son los discípulos los que por boca de Pedro lo confiesan como mesías, hijo de Dios vivo; pero Jesús añade que esto ha sido posible solamente gracias a una revelación del Padre); en ambos casos Jesús es también tentado (por Satanás y por Pedro) y Jesús los rechaza con la misma frase: «¡Apártate de mí, Satanás!»

...que dividen el evangelio en dos grandes partes

Cuando uno recuerda que esta confesión de Cesarea señala, en el evangelio de Marcos, un giro decisivo, se siente inclinado a pensar que estos relatos en torno a Cesarea forman un nuevo episodio-eje, que reparte los cinco «cuadernos» de Mateo en dos grandes partes. En la primera, Jesús está solo; por tanto, es el Padre el que tiene que designarlo directamente, y es Satanás el que lo tienta; luego escoge a sus discípulos y predica a las gentes. En la segunda, está ya formada la comunidad de discípulos; por tanto, es esta iglesia (inspirada por el Padre) quien lo revela al mundo, y es también ella, desgracia-

⁵ E. KRENTZ se apoya en esta comprobación para dividir el evangelio en dos partes: «La sección 4, 17 a 16, 20 estaría consagrada al anuncio del reino; la sección 16, 21 a 28, 20 estaría dedicada al hijo del hombre en el camino de la pasión y de la resurrección» (Ph. Rolland, a. c., 168).

damente (inspirada por Satanás), quien lo tienta; y Jesús se dedicará en adelante a la formación de esta comunidad.

Así, pues, a lo largo de estas páginas, vamos a desarrollar esta lectura. Será conveniente tener ante todo una visión de conjunto.

UNA LECTURA DE MATEO

PROLOGO: EL MISTERIO DE JESUS

Su ser y su misión a la luz de la resurrección y de la vida de la iglesia. — O los «relatos de la infancia» (1-2).

I. JESUS PROCLAMA EL REINO DE DIOS Y PREPARA LA IGLESIA (3-16)

Episodio-eje: DEL ANTIGUO AL NUEVO TESTAMENTO (3-4)

En el bautismo de Juan, Jesús es revelado por el Padre como Hijo suyo. Por sus tentaciones en el desierto, Jesús vuelve a orientar la vida de Israel hacia el reino. Proclama entonces su venida y escoge a los discípulos.

1. **¡Ha llegado el reino de Dios!** (5-9)
Jesús lo manifiesta con sus palabras y sus actos de poder:
 - * Sermón de la montaña (5-7).
 - * Diez milagros (8-9).
2. **Jesús envía a sus discípulos a predicar. El parte a predicar el reino** (10-12)
 - * Discurso de envío a misionar (10).
 - * Jesús parte en misión (11-12).
3. **La opción decisiva ante la predicación del reino** (13, 1-16, 12)
 - * Discurso en siete parábolas (13, 1-52).
 - * Hacia la confesión de Cesarea (13, 53-16, 12).

II. LA COMUNIDAD EN EL REINO DE DIOS (17-28)

Episodio-eje: LA COMUNIDAD CONFIESA A SU SEÑOR (16, 13-17, 27)

Por boca de la comunidad, el Padre revela a su Hijo. Pero esta comunidad es también Satanás que tienta a Jesús.

4. **El reino de Dios pasa del pueblo judío a la iglesia** (18-23).
 - * Discurso sobre la vida en comunidad (18).
 - * De Galilea a Jerusalén (19-23). Jesús rompe con los jefes judíos y se consagra a la enseñanza de sus discípulos. Grandes controversias en Jerusalén. Parábola de los viñadores homicidas.
5. **La inauguración del reino de Dios en el misterio pascual** (24-28).
 - * Anuncio de la venida definitiva del reino en Jesús (24-25).
 - * El misterio pascual inaugura el reino (26-28).

El «seísmo» anunciado por Jesús como signo del final de los tiempos abre las tumbas cuando su muerte y abre luego su propia tumba. El Señor puede entonces enviar a su comunidad al mundo para ser allí signo de este reino.

PROLOGO: EL MISTERIO DE JESUS

Bajo las simples apariencias de un «relato de infancia», es todo un discurso sobre el misterio de Jesús, sobre su personalidad de hombre-Dios (c. 1) y sobre su misión de Cristo-salvador (c. 2) el que abre el evangelio de Mateo.

¿Por qué estos relatos de infancia? Lo que interesa ante todo a las comunidades cristianas ¿no es la predicación de Jesús, en palabras y en actos? En los discursos de los Hechos, en el evangelio de Marcos, todo comienza con la predicación de Juan bautista.

Pero, a partir de su resurrección, de una forma progresiva, los apóstoles fueron reconociendo a Jesús como Hijo de Dios. ¿Desde cuándo lo era? ¿Solamente desde su bautismo? ¿o desde su nacimiento? Se iba así profundizando la

cuestión de los cristianos sobre la persona de Jesús y su misterio. De esos interrogantes debieron nacer lo evangelios de la infancia de Mateo y de Lucas y, por otra parte, las reflexiones de Pablo y de Juan sobre la «imagen de Dios», reflejo de su sustancia, y sobre la «palabra» eterna del Padre.

Lejos de ser unos relatos folklóricos, estas páginas son ante todo una reflexión teológica. Lo mismo que en el cine lo genérico de la película permite situar a los actores y, a veces, en el procedimiento de «vuelta atrás», mostrarnos la última imagen del film o las más importantes, para guiarnos y decirnos adónde vamos, del mismo modo estos «relatos de la infancia», escritos a la luz de la resurrección y de la vida de las co-

munidades cristianas, nos dicen desde el principio quién es Jesús. Y es bajo su luz, esto es, bajo la de la resurrección, como hemos de leer todo el evangelio.

El primer capítulo de Mateo nos presenta a Jesús como hombre-Dios. La genealogía de Cristo, hijo de David, hijo de Abrahán (1, 1-17), demuestra que este personaje esperado por el pueblo judío es de nuestra raza. Pero es algo más, ya que fue concebido por el Espíritu Santo (1, 18-25). Y el papel de José consistirá en darle un nombre, esto es, en insertarlo en el desarrollo de nuestra historia dándole su ser social. En el capítulo segundo se pasa a la historia, en donde los tiempos y los lugares tienen una importancia mayor: se trata de Jesús de Nazaret, conocido como tal, que nació en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes; lo adoran unos paganos, los jefes judíos lo rechazan y la sangre corre en Israel; se perfila ya en el horizonte el drama que acabará en la cruz.

Por debajo de esta estructura aparece otra distinta: una genealogía, verdadera «obertura» de una sinfonía, seguida de cinco episodios, cada uno de los cuales contiene una cita del Antiguo Testamento. De esta profunda raigambre bíblica brota una savia que alimentará todo el evangelio.¹

Esperando que algún día un nuevo cuaderno presente más detalladamente estos «relatos de la infancia», intentaremos aquí trazar sus líneas principales.

La génesis de Jesucristo (1, 1-17)

La «genealogía» se había convertido en un

¹ Cf. A. PAUL, *L'évangile de l'enfance selon saint Matthieu* (col. «Lire la Bible», n. 17) Cerf, Paris 1968, 192; L. MONLOUBOU, *Lire aujourd'hui les évangiles de l'enfance*. Sènevé 1971, 111; X. LEON-DUFOUR, *Libro de la «génesis» de Jesucristo y El anuncio a José*, en *Estudios de evangelio*. Estela, Barcelona, 1969, 41-76; S. MUÑOZ IGLESIAS, *Les mages et l'étoile*: *AsSgn*, n. 12 (1969) 19-31.

género literario para presentar a un personaje importante. Los primeros cristianos sabían que Jesús era descendiente de David. Pero había que demostrarlo. Es lo que aquí intenta Mateo mediante estas tres veces catorce generaciones que van desde Abrahán hasta José.² Esta lenta melopea afirma en nosotros la convicción de que el que nazca al final es verdaderamente de nuestra propia raza, un hombre como nosotros. Pero es también algo distinto.

El anuncio a José (1, 18-25)

La genealogía terminaba en José, pero Mateo nos dice que José no intervino para nada en aquel nacimiento: María concibió a Jesús de manera virginal, por la acción del espíritu. José lo sabe, y como es un hombre «justo», no quiere dar su nombre, un nombre humano, a ese hijo del milagro. Dios viene entonces a decirle que dé a ese niño, junto con su nombre, su «ser social»: «María le ha dado su ser de hombre, pero eres tú el que ha de darle su nombre, insertándolo de este modo en tu linaje». El ángel anunciaba al «Emmanuel», y José lo llama «Jesús» (o «Dios-salve»). Solamente después de haber pasado por la muerte y la resurrección, ese «Dios-salvador» podrá ser real y definitivamente «Dios con nosotros» (28, 20).

El papel de José se realiza en la fidelidad al espíritu, en la continuidad de aquello que anunciaba la genealogía. El espíritu de Dios, que presidió la creación (es lo que nos sugiere por dos veces el término de «génesis»: 1, 1.18), es el que permite la adhesión de fe de José y el que obra en plenitud en María.

² *Los hebreos, como los griegos y los romanos, escribían las cifras con las letras del alfabeto; una palabra podía tener entonces un valor numérico si se consideraban las letras como cifras. David se escribía con tres letras (DWD); sumando su valor (D=4; W=6), se obtenía 14. Es posible que Mateo, al construir su genealogía sobre tres veces 14, pensase en la cifra de David: Jesús es la perfección de David.*

Los magos en Belén (2, 1-12)

Entre el rey Herodes, rodeado de los jefes religiosos de Jerusalén, y el rey que acaba de nacer se desarrolla ya todo el drama de la vida de Jesús y de su misión: los judíos lo rechazan, mientras que los paganos lo adoran, como lo hará la comunidad reunida en torno al resucitado (26, 16). Así se realiza el oráculo de Isaías, que vislumbraba la muchedumbre de paganos entrando en esa Jerusalén iluminada por la gloria de Dios (Is 60 y 62).

El cumplimiento del Exodo (2, 13-15)

«El hijo llamado de Egipto» era, para Oseas (11, 1), el pueblo de Israel. Jesús es el verdadero Israel que va a cumplir realmente ese éxodo que conduce a la tierra prometida, al reino de Dios.

La matanza de los inocentes (2, 16-18)

La sangre corre en Israel, prefigurando a la de la cruz, Jesús se libra por ahora de la matanza, lo mismo que pasó antes con Moisés. Y Raquel, enterada en Belén, llora sobre sus hijos desterrados (Jer 31, 15).

La vida en Nazaret (2, 19-23)

Mateo ve aquí el cumplimiento de las profecías en general, pero sin encontrar un texto preciso: la biblia ignora a Nazaret. Pero en este acontecimiento, dentro de la lógica de los anuncios proféticos, ve el final del éxodo, la vuelta del destierro y la entrada en la tierra prometida. Pero hay más aún: una nueva intervención de Dios invita a ir más lejos, a la «Galilea de las naciones» (Is 8, 23), que será el lugar del encuentro de Jesús con su pueblo (4, 15-16), y finalmente el lugar desde donde enviará a sus discípulos por todas las naciones (28, 16).

Con estas cinco citas de la escritura, Mateo nos muestra que Jesús se inserta en este pueblo judío, que viene a rehacer su historia para llevarla a su término. El nuevo Moisés podrá ahora ponerse al frente de su pueblo para invitarle a entrar, con él, en el reino de Dios.

Historicidad de los relatos de la infancia

Tenemos derecho a plantearnos esta cuestión, aun cuando sea difícil responder a ella en la situación actual de nuestros conocimientos. Recordemos ante todo algunas evidencias: no es el hecho de descubrirle un sentido teológico a un acontecimiento lo que hace que éste haya sido forzosamente inventado. Por otra parte, nuestra fe no se basa en estos hechos lo mismo que en el de la resurrección de Cristo; podríamos vernos inducidos a reconocer que tal detalle, que tal episodio, son «parábolas», sin que por eso se hunda el cristianismo. En fin, hay que estudiar los textos sin ideas preconcebidas: ni la de «eso no pudo pasar», ni la de «eso ocurrió exactamente de la manera descrita».

Mateo parece haber recogido ciertas tradiciones conservadas en la familia de José. Está de acuerdo con Lucas en un punto fundamental: la concepción virginal y también en el nacimiento en Belén. La exactitud de la genealogía, diferente de la de Lucas, no constituye ningún problema. Una genealogía era entonces una cuestión, no de orden biológico, sino jurídico, una forma de establecer un parentesco; y también en este caso Mateo está de acuerdo con Lucas: Jesús es de la descendencia de David. Es posible que sobre un telón de fondo histórico (el recuerdo de la visita de unos grandes personajes a Herodes y los numerosos asesinatos perpetrados por aquel rey sanguinario), Mateo haya construido unos relatos de alcance teológico.

Pero la realidad que nos quiere presentar es desde luego histórica: Jesús, hijo de David, nuevo Moisés, es el liberador que nos salva por su muerte y su resurrección.